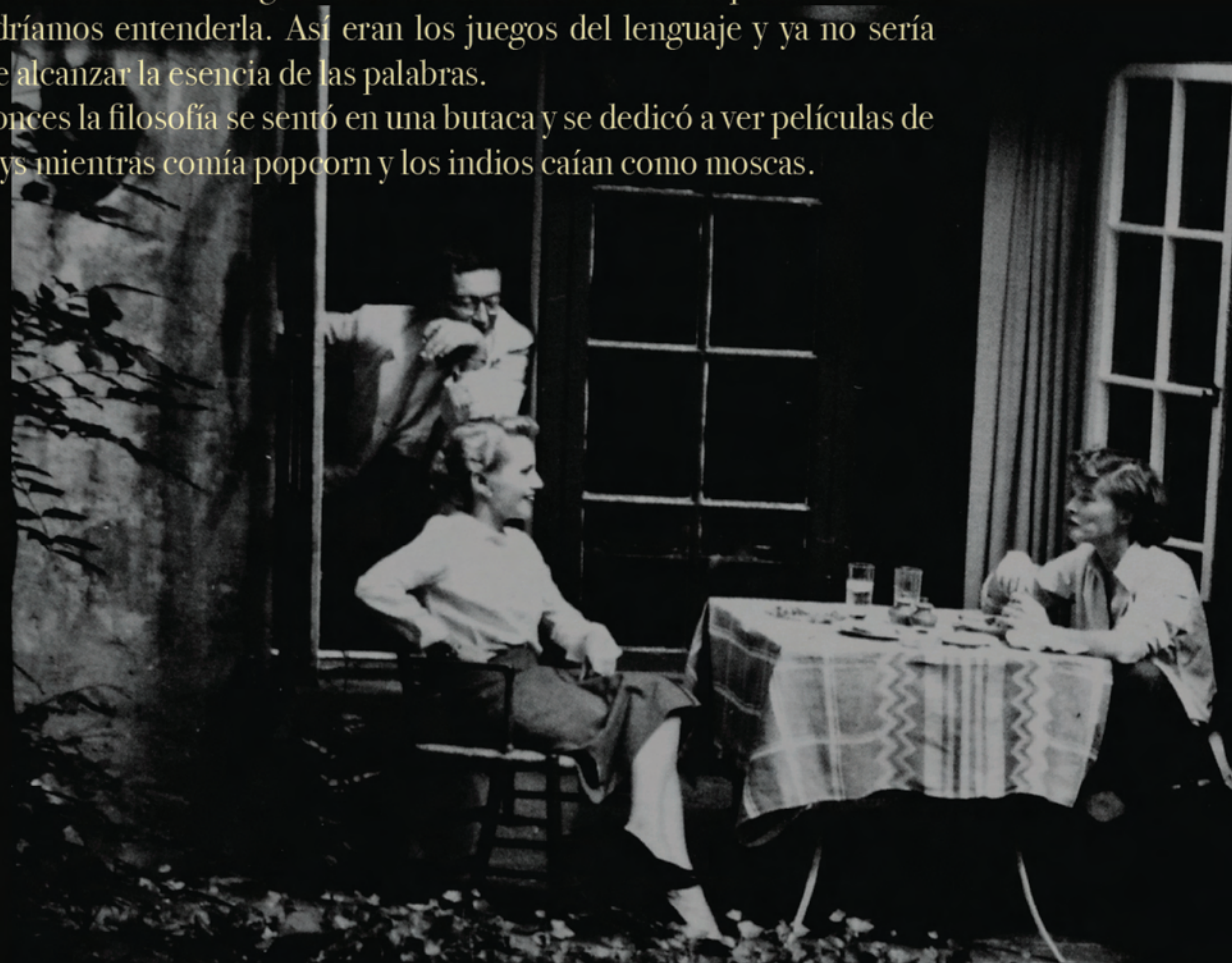


Isaac Goldemberg

La filosofía se instaló en los jardines de un monasterio donde los monjes leían cuentos de hadas a los niños. Eran momentos de verdadera felicidad porque la lectura iba acompañada de bofetadas en sus tiernas mejillas. Aconteció entonces la segunda iluminación: si la filosofía pudiera hablar no podríamos entenderla. Así eran los juegos del lenguaje y ya no sería posible alcanzar la esencia de las palabras.

Entonces la filosofía se sentó en una butaca y se dedicó a ver películas de cowboys mientras comía popcorn y los indios caían como moscas.



Isaac Goldemberg es peruano y reside en Nueva York desde 1964. Entre sus publicaciones más recientes figuran *Acuérdate del escorpión* (2010) novela, *Monos azules en Times Square* (2008) teatro, *Libro de las transformaciones* (2007) poemas, y sus relatos de *Tierra de nadie* (2006). Su novela de mayor repercusión es *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* (1977). Isaac Goldemberg es Profesor Distinguido de Hostos Community College, CUNY, donde dirige el Instituto de Escritores Latinoamericanos y la *Hostos Review*.

Una noche, hundido en el sueño, el psicoanálisis vio que el humano era muy dado a la sugestión. A la mañana siguiente, se puso los anteojos y se dedicó a llenarlo de culpas imperdonables. Genio de la publicidad, un día se paró en la plaza pública y desde allí logró convencerlo de ser el único capaz de curarlo en profundidad. Así desprestigió a todas las otras teorías tildándolas de paranoicas, reprimidas sexuales, etcétera.

De ahí pasó a ser un genio reconocido por todos: el humano se sintió tan impresionado que aceptó todo lo que le dijo. Con el tiempo llovieron los ataques. Temeroso de desaparecer, el psicoanálisis se enfrentó a sus más enconados enemigos, amenazándolos con curarlos de sus síntomas histéricos. Luego se internó en una clínica psiquiátrica y se dedicó a tratar pacientes incurables, sin alcanzar ningún éxito. Los ratos de ocio los ocupó en lanzar rumores falsos contra colegas y discípulos renegados. Dotado de un don excepcional para la especulación teórica y dueño de una confianza casi absoluta en sus propias teorías, el psicoanálisis creyó que todo lo que pensaba era la verdad absoluta. Él mismo sabía que no era consciente de ello.

Otro día, andando el tiempo, el humano le dijo que ya no creía en su método. Sentado detrás de su escritorio y luego de encender su pipa, el psicoanálisis respondió, de manera inconsciente:

—Si usted no cree, es porque nunca se autoanalizó en un diván.



Hyon Kim

El hombre dio tres pasos al río. Sintió la frescura de la corriente. Desde la superficie ondulada una mirada inquietaba su ánimo y pensó sobre el movimiento, el tiempo y el resbalar agradable de las aguas que le rozaban los pies. Era una verdad innegable que él como cualquier sustancia corpórea se disolvería y existiría de otro modo, quizá irreconocible entonces y quizá sin autoconciencia pero vital e imperecedero. Nunca habría sospechado que un poeta ciego de las Pampas dos milenios después sentiría tan vivamente como él lo que estaba descubriendo en ese momento, un instante en el fluir constante que deshace con el propósito de rehacer de otra forma. El momento se escapa para ser recuerdo de otro momento, y así en una cadena sucesiva de acontecimientos uno va construyendo su propia identidad, entre una multitud de seres y cosas que se llegan a distinguir y entre otras que se suprimen. Uno va formándose también entre un captar de ideas e imágenes rayadas pero que traen un montón de recuerdos vividos, leídos y soñados. Yo soy Heráclito, el que vio en un instante en el fluir del transparente la verdad íntima del ser humano, el que nace para saber que va a nacer un sin fin de veces entre olvidos infinitos. Si la verdad está en el movimiento, en

el transcurrir de las cosas sin que ningún hecho sea un incidente concreto, el tiempo, nos dice, sólo existe el presente. El pasado y el futuro son sus extensiones mentales, el primero arrastrado y el segundo proyectado. Y el subjuntivo es pretensión dentro de un mundo engendrado y asumido. Es ahí donde Cervantes concibió al famoso jinete de la Mancha cabalgando en el aire entre vientos que hacían girar los molinos y su lanza erecta de raro plumaje apuntando hacia las hojas vírgenes genial y graciosamente elogiadas. Y es ahí donde hemos construido minuciosa y resistentemente la realidad que nos rige. Lo veo claro. Lo veo frente a mí expuesto, entero con todas sus partes en constante oposición, motivo y encuentro de donde nace la fuerza que busca esa respuesta que no se encuentra, no se alcanza, que se desvanece de las manos, y aparece de nuevo pero se olvida y desaparece para reaparecer de otro modo, en otro contexto y por eso con otro sentido. El sol calienta el líquido y éste va escalando hacia el cielo para ser acumulado en un amalgama gris que al encontrar su opuesta energía se lanza verticalmente hacia la tierra. Es un suicidio en que nadie muere, es una muerte que nace, florece se mira un instante y se va sólo para volver con otra cara, tu cara, mi cara,

la misma cara de Dios que se multiplica y suplica para saber que uno es todo y todo viene del uno.

Entre las páginas de mi recuerdo diviso una noche iluminada, brillante, hartamente estrellada. Su efecto en mí es todavía consolador. Dios misteriosamente me reveló su existencia en el esplendor de la noche. Entendí que la oscuridad y el miedo no podían ser más fuertes que la fe; esa lucecita pequeña que tiritita está aquí, dentro de mí y por eso existe fuera cabalmente. En otra página, recuerdo haber sentido su presencia en la danza espiritual de las hojas ocasionadas por soplos de viento. Era otoño y me hallaba bajo unos árboles y las hojas se deslizaban suavemente sobre mí como copos de nieve. Mientras el pensamiento oscila, siento en el sur de mi costado un puñal abrir la carne; su filo

araña el dolor en los huesos y el desierto verde se enrojece en un carmesí; las luces de mis ojos se van apagando. El sin fin de cosas propias que definía y calificaba van desapareciendo de mi conciencia, de mi recuerdo, y en el fondo veo un reflejo; él me llama y voy hacia él. Mi mano y su mano se tocan, se juntan y ahora es una ¿Será que hasta aquí llego para tomar otra forma de vida; será que yo, Heráclito, ya no existiré en mí sino sólo en el otro? Veo la simetría del tigre que mide con sus pasos lentos el tiempo que me deshace. Ya no siento mi cuerpo, mis pensamientos se me escapan; frente a mí veo el universo desnudo, con todo su infinita belleza, y en él busco, me busco entre cometas errantes, astros y espacios vacíos que separan las masas de una a otra pero no me encuentro porque ya no soy yo el que busca sino el otro.

Hyon Kim nació en Corea del Sur y se educó en Paraguay y en Inglaterra. Reside en Nueva York desde 1989. Enseña en Kingsborough Community College, CUNY. Prepara su doctorado en Literatura Hispánica en el Graduate Center, CUNY. Desde 1994 publica cuentos y poemas en español.

Cada vez que escribía algo con faltas el programa lo corregía de modo casi instantáneo. Le pareció muy útil que la máquina se encargara de corregir los pequeños fallos que cometía debido a la rapidez con la que trataba de escribir. Aquella mañana el corrector se excedió en sus obligaciones. Comenzó a cambiar el sexo de los personajes e incluso a reescribir los finales de los cuentos que trataba de escribir. Al principio le resultó divertido que convirtiera a un hombre en mujer o que el asesino saliera impune de su crimen. Poco a poco le empezó a molestar que se cambiara su prosa y que incluso dejaran de responder algunas teclas. Comenzó a amenazar a la pequeña computadora en voz alta y cuando trató de apagarla le fue imposible. Llegó a tal grado de irritación, que empezó a acuchillar al creativo aparato con tal mala fortuna que se resbaló y cayó con la hoja del cuchillo sobre el enchufe para quedar electrocutado. En la pantalla de la computadora podía leerse el cuento que terminaba con la muerte de alguien que momentos antes había acuchillado a una computadora.



Marko Miletich

Nos miramos mientras esperábamos que llegara el metro en el andén de dos direcciones opuestas. Damos los pequeños pasos habituales que se suelen dar durante ese tipo de espera. Nuestras miradas se cruzan de manera intermitente con alguna que otra sonrisa. Mira a mi alrededor y después nuevamente me vuelve a mirar. Me sonrojo y evito su mirada aunque a los pocos segundos dirijo de nuevo la vista hacia su dirección. Observo cómo se acerca para quedar justo frente a mí; algo en su mirada me deja inmóvil. Parece querer hablar, pero en ese momento el ruido del tren hace imperceptible todo sonido que no sea el traqueteo metálico de las vías. Se aproxima para susurrarme algo al oído y cuando me agacho para poder escuchar mejor, aprovecha para quitarme mi cartera, meterse rápidamente en un vagón que ya cierra sus puertas y escabullirse en el metro que arranca implacable hacia el oscuro túnel.

Marko Miletich ha traducido la novela del escritor venezolano Isaac Chocrón, *Pronombres personales*. Enseña traducción en Hunter College, y en las universidades de Adelphi y de Montclair State University. Prepara su defensa de tesis doctoral en Traducción en la Universidad de Binghamton, SUNY.